

bre más pobre, el jornalero, el individuo más obscuro, participa de la gracia y del favor de hacer el bien, un favor que comunica igual dicha á quien da que á quien recibe.

El hombre es querido al hombre; el más pobre de los pobres ansia por algunos instantes, en una existencia fatigosa poder saber y sentir que él mismo ha sido padre y dispensador de algunos pequeños favores; que ha sido bondadoso para con aquellos que necesitaban bondad, por esta sencilla razón: que todos tenemos un corazón humano (1).

El deber de sócorrer á los necesitados habla con lengua de clarín, pero especialmente á aquellos que profesan el amor de Dios y la buena voluntad para los hombres. Es un deber que corresponde á los hombres como individuos y como miembros del cuerpo social. Como individuos, porque se nos prescribe que ayudemos á la viuda y al huérfano en su aflicción, y como miembros del cuerpo social, porque la sociedad pide á cada individuo que preste su ayuda á la causa del progreso y del bienestar social.

No es necesario que los hombres sean ricos para ayudarse mutuamente. Juan Pounds no era rico; sin embargo, por influencia suya se establecieron las Escuelas de los Pobres. Era frugal, y ahorraba lo bastante de sus ganancias para comprar alimentos para sus discípulos. Los atraía con su bondad, algunas veces con una *patata caliente*, les enseñaba, y los mandaba al mundo, fortalecidos con su buen ejemplo, para trabajar en él, y cumplir con su deber para con la sociedad. Tampoco era hombre rico Roberto Raikes, el fundador de las escuelas dominicales y de otras varias; ni lo era el filántropo de las cárceles, Tomás Wright. Ni lo fueron san Vicente de Paul y e.

(1)

*Man is dear to man; the poorest poor
Long for some moments, in a weary life,
When they can know and feel that they have been
Themselves the fathers and the dealers-out,
Of some small blessings; have been kind to such
As needed kindness, for this single cause,
That we have all of us one human heart.*

CAPÍTULO XIV.

RIQUEZAS Y CARIDAD.

Quién, quién, quién está aquí? Yo, Roberto de Doncaster. Gasté lo que tuve; di lo que tenía; dejé lo que perdí.
Epitafio, A. D. 1579.

Si eres rico, eres pobre; porque, como el burro que se dobla bajo el peso de las barras de oro que lleva, cargas tus pesadas riquezas sólo una jornada, y la muerte te descarga.
SHAKESPEARE.

Bueno es ser caritativo, pero ¿con quién? Eso es lo que interesa saber.
LA FONTAINE.

Existen muchos ociosos para quienes es más grato un penique mendigado que un chelín ganado.
DOUGLAS JERROLD.

Robó un cerdo, y en el nombre de Dios dió las patitas á los pobres.
Del español.

El hombre debe ser económico para poder ser generoso.

El ahorro no termina en sí mismo, sino que extiende sus beneficios á otros. Funda hospitales, dota establecimientos de caridad, establece colegios, y difunde los beneficios de la educación. La benevolencia emana de las mejores cualidades del espíritu y del corazón. Su espíritu divino eleva á los bienhechores de la sociedad — los Howard, los Clarkson, y los Javier — á los más elevados pedestales del genio moral y del respeto nacional.

El mismo espíritu llena nuestra común humanidad. El hom-

padre Mathew, promotores de la educación y de la templanza. Ni lo fueron los grandes hombres de la ciencia, Newton, Watt y Faraday; ni los grandes misioneros, Javier, Martyn, Carey y Livingstone.

En la memoria del doctor Donne, por Walton, se refiere un bello caso de dulzura y generosidad. Cuando el primero, que había estado por mucho tiempo con escasísimos recursos, tomó posesión del deanato de San Pablo, y con ello quedaba provisto con un ingreso más que suficiente para todas sus necesidades, sintió que esos medios le habían sido confiados para fines buenos, y para emplearlos en la ayuda humana y para la gloria de Aquel que se los enviaba. Al pie de una cuenta particular, *de la cual sólo fueron testigos Dios y sus ángeles con él*, computó primero el doctor Donne su entrada, en seguida lo que entregaba á los pobres y otros usos píos, y finalmente, lo que quedaba para él y los suyos; y habiendo hecho esto, bendijo entonces con una oración de agradecimiento lo que quedaba cada año para los pobres.

El doctor Donne hizo la mayor parte del bien en secreto, no dejando que su mano derecha supiera lo que hacía la izquierda. Libró á muchos pobres de la cárcel; y empleaba un sirviente de confianza ó un amigo discreto para distribuir su liberalidad donde era más necesitada. Un amigo á quien había conocido en días de abundancia, había descendido hasta quedar reducido á la pobreza gracias á su corazón demasiado generoso y á sus propios descuidos, y Donne le envió entonces cien libras esterlinas. Pero el caballero que había venido á menos las devolvió dando las gracias, y diciendo que no las necesitaba; "porque, añade Walton al referir el hecho, así como hay espíritus tan generosos que trabajan por ocultar y soportar una triste pobreza, antes que exponerse á los sonrojos que acompañan el confesarla, así hay otros á quienes la naturaleza y la Providencia han dado almas tan tiernas y compasivas que se conduelen y tratan de impedir las angustias de la humanidad;" lo que he mencionado á causa de la respuesta del doctor Donne, cuya contestación fué: "Yo sé que no necesi-

táis lo que ha de sostener la naturaleza, porque muy poco basta para ello; pero mi deseo es que vos, que en los días de vuestra abundancia habéis alegrado y elevado los corazones de tantos de vuestros abatidos amigos, querráis recibir ahora esto de mí, y usarlo para reconfortaros y alegrar el vuestro;" y en esos términos fueron aceptadas las cien libras.

La verdad es que exageramos muchísimo el poder de las riquezas. Se levantan inmensas subscripciones con el propósito de reformar á los hombres de su conducta pecaminosa, y volverlos á traer al bien. Y con todo, las subscripciones no lo conseguirán. El carácter es quien podrá hacer la obra; el dinero no lo podrá nunca. Las grandes transformaciones en la sociedad jamás podrán efectuarse por las riquezas. Desviar á los hombres de la intemperancia, la imprevisión y la irreligión, é inducirlos á que busquen su felicidad en la prosecución de propósitos convenientes y nobles, requiere un designio formal, honrada abnegación y severa labor. El dinero podrá ayudar en muchos conceptos, pero el dinero por sí mismo nada podrá hacer. El apóstol Pablo implantó el conocimiento de la religión cristiana en la mitad del imperio romano; sin embargo, se mantenia haciendo tiendas, y no por medio de subscripciones. Los hombres de corazón anheloso, serio y honrado, son más necesarios que los hombres ricos y dispuestos á dar dinero por caridad.

Nada es estimado con tanta demasia como el poder del dinero. Todos los individuos que están buscando asientos de primera fila en la *sociedad*, lo consideran como la verdadera cosa necesaria. Podrán ser liberales de bolsillo, pero también son orgullosos de bolsillo. Las hipócritas declaraciones públicas de algunas personas, con la mira de captarse la buena opinión de los demás, hechas en las barbas de su vida y conducta diaria, no puede ser menos que repelente. "Oh, ¡Geordie, retintinante Geordie, dijo el rey Jacobo, en la novela, era grandioso oír al niño Carlos deponiendo el delito de disimulación, y á Steenie conferenciando sobre la deshonestidad de la incontinencia!"

Algunas personas tienen una adoración idolátrica por el dinero. Los israelitas tuvieron su Becerro de oro; los griegos su Júpiter de oro. El viejo Bounderby estimaba al hombre que tenía cien mil libras esterlinas. Otros hacen lo mismo. La naturaleza humana más baja ama el dinero, posesiones, valores. ¿Cuánto tiene? ¿Qué rentas tiene? son preguntas usuales. Si decís: *¡He ahí un hombre completamente bueno, benévolo, virtuoso!* nadie hará cuenta de él. Pero si decís: *He ahí un hombre cuya fortuna asciende á un millón*, le mirarán hasta perderle de vista. Un montón de personas solían reunirse en Hyde Park Corner para ver pasar á un hombre rico. *¡Ahí viene el viejo Crockie!* y la muchedumbre se abría para darle paso, en medio de cuchicheos de admiración. Era el viejo Crockford, que hizo una gran fortuna teniendo una casa de juego.

“¡El solo sonido de los millones, dice la señora Gore (1), regala los oídos de un inglés! Lo ama tanto en verdad, que consigue hasta reconciliarle con la Deuda Nacional, y cuando se le aplica á la propiedad particular, asegura deferencia para lo bajo del espíritu, del nacimiento, los hábitos y las ocupaciones... La ambición y el amor al dinero, si tienden á ennoblecer un país, reducen á insignificancia las partículas humanas de que está compuesta la nación. En su afán de perseguir las riquezas están los ingleses perdiendo de vista gradualmente los rasgos característicos más elevados... Nuestra solicitud por las burbujas de ferrocarriles y toda otra especulación frenética de actualidad, nos da suficiente evidencia de que el anheloso esfuerzo detrás del capital invalida toda otra aspiración mejor, ya sea para este mundo ó para el otro.”

El amor al oro amenaza destruirlo todo. El deseo excesivo del dinero ha llegado á ser una costumbre establecida del país. Muchos están tan absorbidos en ello, que toda otra clase de bienestar ó se pierde de vista, ó es completamente menos-

1) Introducción á los *Hombres de capital*.

preciada. ¡Y los amantes del dinero piensan recobrar después su tono moral haciendo caridades! Las montañas de oro pesan tristemente sobre el corazón y el alma. El hombre que puede resistir al peso de las riquezas, y ser aún diligente, laborioso y fuerte de corazón y de espíritu, debe estar hecho de material consistente. Porque las personas ricas, casi están todas invariablemente dispuestas á ser ociosas, amigas del lujo y de satisfacer sus caprichos y placeres.

“Si el dinero, dijo el reverendo Griffiths, rector de Merthyr, no hiciera que los hombres olviden á los hombres, no acontecerían la mitad de los males que ocurren en este mundo. Si los patrones se aproximasen más á los empleados, y á éstos les fuera permitido aproximarse más á los patrones, no estaríamos pasando por esta colérica confusión. Que hagan algo para inducir á los obreros á que abandonen las tabernas y que economicen más de sus enormes ganancias para construir sitios de diversión y recreo para el pueblo; que provean de mejores casas para vivir en ellas, mayores comodidades para la decencia, mejores calles; y si todas estas cosas se hacen, no tendremos ni cerradas de puertas ni huelgas. Oímos con pompa y triunfo de los millones y millones que han sido cavados de esta nuestra vieja tierra de Gales, pero nada oímos y vemos menos, en verdad de los edificios públicos, los parques del pueblo, las bibliotecas públicas é instituciones públicas, y otros agentes civilizadores. Hace quince meses, cuando estábamos en la más alta marea de la prosperidad, dije todo esto, y no se hizo caso de ello. ¿Por qué se había de hacer caso de un párroco que predica ó de un sacerdote cristiano de cualquiera clase, cuando los soberanos andan volando como los copos de nieve en el invierno, ó que pueden ser recogidos como zarzamoras en el verano?(1).”

Los hombres siguen trabajando afanosamente, ansiosos por ser más ricos; luchando desesperadamente, como si fuese contra la pobreza, al mismo tiempo que están rodeados por la

(1) Sermón pronunciado en Merthyr durante la huelga de Gales del Sur.

abundancia. Raen y raen, agregan un chelín á otro chelín, y á veces cometen acciones impropias para conseguir un poco más de ganancia, aunque hayan acumulado muchísimo más de lo que pueden disfrutar. Y con todo, siguen adelante, molestandose incesantemente en el esfuerzo de lograr un aumento adicional de superfluidad. Quizá esos hombres no han disfrutado de las ventajas de la educación en edad temprana. No tienen placeres literarios á los cuales pudieran recurrir; no tienen gusto por los libros, algunas veces apenas saben escribir sus propios nombres. No tienen nada más en que pensar que en el dinero y en aquello que puede producir dinero. No tienen fe más que en las riquezas. Mantienen á sus hijos en la privación y los crían con una educación servil.

Finalmente, cae en manos de los hijos una acumulación de dinero. Anteriormente han sido coartados en sus gastos; ahora se hacen pródigos. No han sido educados en mejores gustos. Gastan desalentadamente. No quieren trabajar en los negocios, como sus padres. Quieren ser *caballeros* y gastar su dinero como *caballeros*. Muchos son los casos en que las familias se han levantado á tener fortuna en la primera generación, comprometidas en gastos ruinosos en la segunda, y que han desaparecido en la tercera, quedando otra vez reducidas á la miseria. De ahí el proverbio del condado de Lanca: *Dos veces suecos, una vez botas*. El primero usaba suecos; y acumuló una barbaridad de dinero; su hijo rico, lo gastó, y la tercera generación volvió á andar con suecos. Un candidato para los honores parlamentarios, al hablar desde la plataforma, fué preguntado si tenía bastante aplomo, ¡Bastante plomo! dijo él; ¡pues, vaya si tengo cantidad de plomo! ¡huelo á plomo!

Las mismas transformaciones sociales se conocen en Escocia. El proverbio de allí es: *The grandsire digs, the father digs, the son thigs!* esto es: el abuelo trabajó recio y ganó una fortuna, el padre edificó una magnífica casa, y el hijo, un hijo pródigo del Linne, cuando se hubieron gastado las tierras

(1) *Dublin University Magazine.*

y los bienes, se entregó al robo. Los comerciantes suelen ser príncipes hoy y mendigos mañana; y mientras el genio por la especulación sea ejercitado por una familia comercial, puede muy bien el talento que les dió bienes raíces, hacérselo perder por completo.

Para ser feliz en la edad avanzada, en la época en que los hombres debieran dejar por completo el trabajo fatigoso, la ansiedad y la molestia de hacer dinero, deben haber conservado sus espíritus sanamente activos durante la juventud y la edad viril. Tienen que familiarizarse con el saber, y tomar interés en todo lo que ha sido hecho, y se está haciendo, para que el mundo sea más sabio y mejor de siglo en siglo. En la vida del hombre hay bastante tiempo desocupado para interesarse en la biografía y en la historia. También podrían adquirir bastantes conocimientos en las ciencias, ó en alguna ocupación noble diferente de aquella en que se hace dinero. La mera diversión no sirve. Ningún hombre puede llegar á ser feliz sólo con pura diversión. El hombre únicamente dedicado al placer es una criatura misera, particularmente en la edad madura. El mero trabajo afanoso de los negocios es algo mejor. Mientras que el estudio de la literatura, la filosofía y la ciencia está lleno de placer tranquilo, hasta el fin de la vida. Si el anciano rico no tiene más goce que el hacer dinero, será miserable su ancianidad. Seguirá moliendo y moliendo en la misma rodada, haciéndose quizá cada vez más rico. ¿Qué importa? No puede comerse su oro. No lo puede gastar. Su dinero, en vez de serle benéfico, se convierte en una maldición: Es esclavo de la avaricia, el más vil de los pecados. Se habla de él como de un ser despreciable. Se degrada, hasta en su propia estimación.

¡Qué miserable fin fué el de aquel hombre rico, que cuando se estaba muriendo no hallaba alivio sino en hundir sus manos en un montón de monedas nuevas, que le habían llevado del Banco! Al apagarse el mundo para él, continuaba agarrándolas, tomándolas y acariciándolas una á una, y después feneció, habiendo sido su último esfuerzo tocar el oro con sus dedos!

El avaro Elwes murió gritando: "¡Quiero conservar mi dinero! ¡nadie debe privarme de mi propiedad!" ¡Espantoso y humillante espectáculo!

Los hombres ricos son más castigados por sus excesos de economía que por falta de ella. Se hacen míseros, creen que cada día se empobrecen más, y mueren la muerte de los mendigos. Hemos conocido diversos casos. Uno de los comerciantes más ricos de Londres, después de vivir por algún tiempo en la penuria, se fué al campo, á la parroquia en que había nacido, y solicitó de los directores el socorro para los pobres. Aunque poseía millones, estaba aterrizado por el temor de volverse pobre. Le fué concedido el socorro, y murió evidentemente como un pordiosero. Uno de los comerciantes más ricos del Norte, murió recibiendo el socorro de los pobres. Por supuesto, todo lo que las autoridades parroquiales habían distribuido á estos pobres hombres ricos, fué reintegrado por completo por sus albaceas.

¿Y qué dejaron tras de sí estas personas ricas? Solamente la reputación de que habían muerto ricos. Pero las riquezas no constituyen ningún derecho á la distinción. Únicamente las personas vulgares admiran las riquezas como riquezas. El dinero es una droga en el mercado. Algunos de los hombres más ricos que existen son unos nadie. Muchos de ellos hasta son relativamente ignorantes. No tienen importancia alguna, moral ó social. Hace poco que fué publicada una lista de doscientos veinte y cuatro millonarios ingleses. Algunos eran conocidos como *agarrados*, avaros; otros eran *hombres vivos* para las especulaciones; algunos eran grandes dueños de arsenales, mineros de carbón y fabricantes; algunos eran casi desconocidos fuera de su círculo local; éstos eran unos infelices; poquísimos figuraban como hombres de distinción. Todo lo que uno podría decir de ellos es que habían muerto ricos.

"Todos los hombres ricos y codiciosos de la tierra, dijo Jeremías Taylor, verán, y todo el mundo verá por ellos, que sólo es una mala recompensa de todos sus cuidados, que para ese momento todo lo que quedará será esto: que puedan decir

los semejantes, *murió rico*: y con todo, su fortuna no les ha de servir de provecho en su tumba, sino que acrecentará enormemente los tristes informes el día del juicio final."

"Una de las causas principales, dice la señora Gore, que hace que el empeño que se tiene por la riqueza sea una lucha más amarga como asimismo más perdonable en Inglaterra que en el continente, es la distribución desigual y caprichosa de la propiedad de la familia... Caballeros del campo, y hombres de profesión, — aun más, hombres sin pretensiones de ser caballeros, están con dificultad menos poseídos de la manía de crear *un hijo mayor* para exclusión y degradación de sus hijos menores; y por los individuos defraudados así por las personas más allegadas y queridas, es seguida la idolatría del dios del oro sin el menor miramiento al respeto propio ó á los derechos de sus semejantes. Ofendidos ellos, ofenden á su vez. Sus días están consagrados á una campaña para recobrar sus derechos de nacimiento. Casamientos interesados, tratos indignos y bajos negocios políticos, pueden tener origen en el vil sistema de cosas que convierte al hijo mayor en un Dives, y hace un Lázaro de su hermano."

Pero los demócratas tienen un amor tan grande por las riquezas como los aristócratas; y muchos republicanos austeros están ansiosos de ser millonarios. Las formas de gobierno no influyen en el anhelo por la riqueza. Catón el mayor fué usurero. Uno de los medios de que se valía para hacer dinero, era comprar á bajo precio esclavos jóvenes mal alimentados; después, engordándolos y educándolos para el trabajo, los volvía á vender á un precio elevado. Bruto, cuando estuvo en la isla de Chipre, prestaba su dinero á cuarenta y ocho por ciento de interés (1), y á nadie se le ocurría pensar mal de él por su usura. Washington, el héroe de la libertad americana, legó sus esclavos á su mujer. No se le ocurrió darles libertad. Negocios sucios municipales no son desconocidos en Nueva York; y se dice que sus ciudadanos influyentes están sumergi-

(1) *Cartas de Cicerón.*

dos hasta el cuello en la corrupción política. Dice Mr. Mill, que las personas de los Estados del Nordeste se han librado aparentemente de todas las injusticias y desigualdades sociales; que la proporción de la población, el capital y la tierra, es tal que asegura abundancia para todo hombre robusto; que disfrutaban de los seis puntos del mapa, y que nunca necesitan quejarse de pobreza. Sin embargo, "todo lo que han conseguido estas ventajas para ellos, es que la vida de todo nuestro sexo está consagrada á la caza de pesos; y la del otro á procrear cazadores de pesos." Esto, agrega Mr. Mill, no es una clase de perfeccionamiento social por la que los filántropos futuros tendrán ansias de contribuir (1)."

Saladino el Grande conquistó la Siria, la Arabia, la Persia y la Mesopotamia. Era el guerrero y conquistador más grande de su tiempo. Su poder y sus riquezas fueron inmensos. Sin embargo, estaba persuadido de la completa inutilidad de las riquezas. Ordenó en su testamento que fueran distribuidas fuertes sumas entre los musulmanes, judíos y cristianos, para que los sacerdotes de las tres religiones imploraran para él la misericordia de Dios. Dispuso que la camisa ó túnica que llevaba en el momento de su muerte, fuese llevada al extremo de una lanza por todo el campamento y á la cabeza de su ejército, y que el soldado que la conducía se parara por intervalos y exclamara: "*¡Contemplad lo que queda del emperador Saladino!* ¡De todos los estados que conquistó, de todas las provincias que subyugó, de los inmensos tesoros que acumuló, de las inmensas riquezas que poseía, no conservó al morir sino esta mortaja!"

Don José de Salamanca, el gran contratista de ferrocarriles de España, fué en los primeros años de su vida, estudiante de la universidad de Granada. Allí usó según sus mismas palabras, la casaca más vieja y más usada. Era estudiante distinguido; y después de salir del colegio entró en el periodismo español. De allí pasó al gabinete de la reina Cristina, de

(1) *Principios de Economía Política*, libro IV, cap. vi.

quien fué ministro de hacienda. Esto puso de manifiesto sus aptitudes de economista, y le indujo á entrar en especulaciones comerciales. Construyó ferrocarriles en España y en Italia, y tomó la mayor parte de las acciones de varias compañías de buques de vapor. Pero mientras se ocupaba del comercio no olvidó por eso la literatura. Una vez por semana tenía mesa abierta, á la que eran invitados los primeros hombres de la literatura y de la prensa. Éstos le devolvieron su hospitalidad invitándole á una comida de la clase más económica. Adornaban el comedor los bustos de Shakspeare, Cervantes, Dante, Schiller y otros hombres de letras.

Al dar las gracias al brindis que le fué dirigido, se refirió Salamanca á su experiencia universitaria, y á sus trabajos relacionados con la prensa. "Entonces, dijo, se apoderó de mi alma el amor por el oro, y fué en Madrid en donde encontré el objeto de mi adoración; pero, ¡ay! no fué sin perder mis ilusiones juveniles. Creedme, señores, el hombre que puede satisfacer todos sus deseos, ya no tiene goces. Conservad el camino que habéis emprendido; os lo aconsejo. La celebridad de Rothschild concluirá el día de su muerte. La inmortalidad puede ser ganada, pero no comprada. Aquí están ante nosotros las efigies de hombres que han cultivado gloriosamente las artes liberales; sus bustos los he encontrado en todas partes de Europa; pero en ninguna he encontrado una estatua levantada en honor de un hombre que haya consagrado su vida á hacer dinero (1)."

Las riquezas y la felicidad no tienen conexión necesaria entre sí. En algunos casos podría decirse que la felicidad está

(1) El marqués de Salamanca, que ha sido uno de los hombres á quienes más debe España, porque fué de los que más han hecho en bien de su progreso y de sus adelantos modernos, no tiene aún en ninguna de sus capitales el monumento, la estatua que tanto merece y que con justicia reclama la opinión. Y efectivamente, parecen proféticas las palabras que pronunció el ilustre banquero y que reproduce Smiles, que nunca tuvo don José de Salamanca el afán de atesorar dinero para sí, y fué tan desprendido, que los millones que ganó, puede decirse que volvieron al país y se quedaron en él; por eso la posteridad le hará justicia y sus contemporáneos le tributan el culto que se debe á esa clase de hombres que nacen tan grandes como generosos. (N. del T.)

En la actualidad 1906, esta deuda está pagada. Entre las muchas estatuas que en estos últimos tiempos se han erigido en Madrid, se cuenta la de D. José de Salamanca. (N. del T.)

en proporción inversa de las riquezas. La parte más feliz de la vida del mayor número de hombres es cuando están baltallando con la pobreza, y elevándose gradualmente. Entonces es cuando se niegan goces á sí mismos en favor de otros, cuando economizan de sus ganancias para asegurar una independencia futura, cuando cultivan sus inteligencias mientras trabajan por su pan de cada día, cuando se esfuerzan por hacerse más sabios y mejores — más felices en sus hogares domésticos y más útiles á la sociedad en general. Guillermo Chambers, el editor de Edimburgo, dice al hablar de los trabajos de sus primeros años: “Miro hacia aquellos tiempos con placer, y casi siento no tener que volver á hacer la misma experiencia: porque cosechaba más placer cuando no tenía ni seis peniques en mi bolsillo, estudiando en una guardilla en Edimburgo, de lo que ahora encuentro, sentado en medio de todas las elegancias y comodidades de una sala.”

Existen compensaciones en todas las condiciones de la vida. La diferencia en la suerte del rico y del pobre no es tan grande como se cree generalmente. El hombre rico tiene que pagar á veces un precio grande por sus privilegios. Se siente inquieto por sus propiedades. Puede ser la víctima de robos. Está expuesto á ser estafado á cada paso. Es el blanco sobre el cual apuntan muchos hombres. Está rodeado de una multitud de clientes, hasta que su bolsillo sangra por todos sus poros. Como dicen en el condado de York cuando se enriquecen las personas, el dinero se *escurre muy luego*. Ó si está ocupado en especulaciones, puede volar en cualquier momento la fortuna del hombre rico. Puede volver á principiar, y gastar entonces su corazón en especular sobre *las probabilidades de plaza*. *Insomnio* es la enfermedad del hombre rico. El pensamiento de sus ganancias y pérdidas le quita el sueño. Está despierto de día y despierto de noche. *Las riquezas en la mente* están llenas de agitación y de agonía.

El hombre rico come por demás ó bebe demasiado; y padece de la gota. Imaginaos á un hombre con un tornillo acomodado á su dedo grande del pie. Dejar que el tornillo penetre á la co-

yuntura, y que allí se le atornille con fuerza. Está en una agonía. Después y súbitamente atornillad más firme el tornillo: ¡adentro, adentro! ¡Eso es la gota! La gota de la que Sydenham ha dicho que, “diferente de otras enfermedades, mata á más hombres ricos que á pobres, á más sabios que ingenuos. Grandes reyes, emperadores, almirantes y filósofos, han muerto de la gota.” En esto muestra la naturaleza su imparcialidad, puesto que á aquellos á quienes favorece de un modo, les causa dolor de otro. “Ó el rico se llega á hastiar de la comida, y pierde el apetito; mientras que el pobre lo saborea y lo digiere todo,” Un mendigo pidió limosna á un rico “porque tenía hambre.” “¿Hambre? dijo el millonario: ¡cómo os envidio!” La receta de Abernethy al hombre rico fué: “¡Vivid con un chelín al día, y ganadlo!” Cuando el duque de York le consultó sobre su salud, le contestó Abernethy: “Cortad las provisiones, y el enemigo abandonará pronto la ciudadela.” El trabajador que siente poco y piensa menos, tiene la digestión de un avestruz; mientras que al ocioso no le es dado olvidar que tiene un estómago, y está obligado á vigilar todo bocado que come. La labiosidad y la indigestión son dos cosas que rara vez se encuentran unidas.

Muchas personas envidian lo que poseen los ricos, pero no quieren pasar por los riesgos, las fatigas, ó los peligros necesarios para adquirirlo. Se refiere del duque de Danzig que un antiguo camarada, á quien no había visto en muchos años, fué á visitarle en su palacio en París, y parecía estar sorprendido del lujo de sus habitaciones, la riqueza de su ajuar, y la magnificencia de sus jardines. El duque suponiéndose que veía en la fisonomía de su antiguo camarada un sentimiento de celos, le dijo sin rodeos: “Podéis obtener todo esto que veis, con una condición. — ¿Cuál es?” preguntó su amigo. “Es que os pongáis á veinte pasos de distancia, y me dejéis tirar con un fusil cien tiros contra vos. — Á ese precio no acepto vuestro ofrecimiento, de seguro. — Bien, replicó el mariscal, para ganar todo lo que veis ante vos, he hecho frente á más de mil tiros de fusil, hechos á una distancia que no pasaba de diez pasos.”